

Santos Louverture, que aguardaba este momento, lanzó otra vez el grito de independencia. Las circunstancias no podían ser más favorables: por una parte, el ejército francés estaba debilitado por el clima y diezado por la peste; por otra, el general Richepanse, que había ido á la Guadalupe para someter á los negros que también allí se batían por su independencia, acababa de restablecer la esclavitud, violando por orden de Bonaparte una de las leyes que más honraban á la República francesa, y los negros de Santo Domingo, temiendo sufrir la misma suerte, hallábanse resueltos á levantarse como un solo hombre. Leclerc, noticioso de la agitación, se propuso apoderarse de Santos, el cual, por más que era desconfiado y previsor, cayó en un lazo que hubo de tenderle el general Brunet, siendo embarcado en el *Héroe* y conducido á Francia, donde Bonaparte, con bien escasa generosidad, mandó encerrarlo en una fortaleza. No se contuvo la explosión con esta miserable trapacería; bien al contrario, los negros exasperados clamaron venganza; se les unieron los mulatos, y la isla entera fué presa del fuego de la insurrección. Por ambas partes se cometieron atrocidades increíbles. Los negros entregaban á las llamas las poblaciones y asesinaban á los blancos, y los soldados de Leclerc no se quedaban atrás, causando horror referir que, en Septiembre de mil ochocientos dos, habiendo los negros atacado la ciudad del Cabo, capital de Haití, los marinos franceses arrojaron á las olas á los prisioneros negros que había en la flota, cuyo número pasaba de dos mil. Leclerc, cumpliendo, aunque no en toda su extensión, las órdenes de Bonaparte, extremó su rigor hasta el punto de condenar á muerte á los propietarios ó arrendatarios en cuyas fincas prendiese la rebelión, si en el acto no lo comunicaban al jefe militar del respectivo distrito. Pero nada se adelantó con tanta severidad. Los insurrectos ganaban terreno diariamente, y cada vez era más débil la resistencia que encontraban; de los primitivos expedicionarios y de otros refuerzos llegados de Francia, no sobrevivían sino unos diez mil hombres, de los que las dos terceras partes estaban hacinados en los hospitales y los demás se sostenían á duras penas en algunas poblaciones cercanas á la costa. Para colmo de males, murió el general Leclerc á consecuencia de una fiebre nerviosa, siendo su pérdida irreparable, como lo fué la de Kleber en Egipto. Reemplazóle el general Rochambeau, oficial del antiguo régimen, buen militar, pero execrado de los negros y poco conocido de los soldados de la República; desde este momento, ya no hubo salvación para la colonia, siendo completamente estéril el sacrificio que se hizo enviando á ella quince mil hombres más. Al saber los franceses en Santo Domingo que se había renovado la guerra entre su patria y la Gran Bretaña, su desesperación no tuvo límites, y forzados á optar entre caer en poder de los negros ó entregarse á los ingleses, pusiéronse en manos de éstos en calidad de prisioneros, siendo conducidos á Inglaterra. Hacia el mismo tiempo, Santos Louverture, incapaz de resistir la frialdad del clima europeo, expiraba en su encierro: redentor de su raza, su nombre glorioso vi-

virá eternamente. La ignominiosa violación de la ley francesa que abolía la esclavitud, cincuenta mil hombres mandados á morir bajo el cielo abrasador de los trópicos, la colonia más hermosa de Francia perdida sin esperanzas de recobro, he aquí los resultados más tangibles de la expedición en mal hora concebida por el genio funesto de Bonaparte.

Estas infaustas nuevas no circularon por Francia hasta más adelante. Mientras tanto, seguía pendiente la opinión de los extraordinarios acontecimientos que se esperaban. El primer Cónsul había menester de recursos para la guerra, y no pudiendo Francia proporcionárselos en cantidad suficiente, se dispuso á obtenerlos, de grado ó por fuerza, tanto de los pueblos que sufrían su vasallaje, como Holanda, Génova y la República Italiana, cuanto de aquellos otros que, por su debilidad, eran impotentes para defenderse de sus rapiñas, tales como el Hannover, Nápoles y Portugal. También fijó sus codiciosos ojos en nuestra patria.

El Hannover reconocía por soberano al rey de Inglaterra; mas, en su administración interior, era independiente en absoluto del gobierno británico. Formaba parte del Imperio germánico, y se gobernaba á sí mismo. Esa situación especial, de que había y han existido hasta hace poco tres ejemplares en Europa, estaba sancionada en los tratados, incluso por Francia, que, en el de Basilea, había reconocido la neutralidad de Jorje como elector de Hannover, aunque á la sazón se hallaba en guerra con él. El rey de Inglaterra y el elector del Hannover eran dos personalidades diferentes. Estas distinciones, sin embargo, eran harto metafísicas y demasiado favorables á la independencia de los Estados débiles, para que agradaran á Bonaparte. «Si el Hannover, hizo decir al *Monitor*, pudiese suministrar doscientos mil hombres, el rey Jorje no invocaría su neutralidad.» Y esta simple hipótesis le bastó para dar al general Mortier la orden de invadir el Hannover al frente de diez y seis mil hombres. El Hannover estaba enclavado en la monarquía prusiana, y su neutralización era indispensable á la seguridad de aquella. Federico Guillermo había hecho que sus pueblos gozasen de los beneficios de la paz, mientras el resto de Europa ardía en la guerra. Su neutralidad no era muy digna, como impuesta por el temor y los desengaños; pero, hasta entonces, la corte de Berlín había procurado al menos salvar las apariencias, y caso de que la lucha se reanudase, estaba resuelta á persistir en la misma línea de conducta. No obstante, su posición era sumamente crítica, y todos los políticos influyentes de Prusia comprendían que, tan pronto como se le forzase á ceder un punto en su sistema de equilibrio, tendría que elegir entre la guerra y el envilecimiento. Ahora bien, el Hannover formaba parte esencial de su esfera de influencia y de acción, mediando, además, la circunstancia de que casi todo el comercio exterior de Prusia se verificaba por el Elba y el Weser, por lo que Federico Guillermo temía que, si los franceses entraban en el Electorado, se apoderasen también de Brema, Hamburgo, Lubeck y Cuxhaven, con lo cual toda la vida mercantil de su pueblo se encontraría repentina-

mente paralizada. Vacilante acerca de la actitud que le convendría adoptar en el conflicto que preveía, antes de que Bonaparte mandase avanzar á Mortier contra el Hannover, se dirigió á Inglaterra ofreciéndole recibir en depósito el Electorado, á condición de que las flotas británicas no opusiesen ningún obstáculo á la libre navegación del Elba y el Weser bajo pabellón prusiano. Inglaterra se negó desdeñosamente á aceptar esta proposición. Entonces el gabinete de Berlín volvió la vista á Francia, conjurando el primer Cónsul, en los términos más apremiantes, para que respetara la independencia del Hannover y brindándose á asegurarle todas las ventajas que se prometiese conseguir con la ocupación material de aquel territorio. ¿Quería que éste figurara en la paz general como objeto de compensación? A ello se obligaba Federico Guillermo. ¿Deseaba únicamente tener prisioneros para el canje? Prusia ofrecía no dejar que saliese de su país un solo soldado hannoveriano. ¿Buscaba contribuciones? El gobierno de Berlín haría que le entregasen las que pidiese. Bonaparte, sin embargo, había resuelto hacerse dueño de Hannover, y ordenó á Mortier que lo invadiese, como hemos dicho. Mortier pasó la frontera, atravesó el Ems y llegó á las orillas del Weser, donde estaba el general Walmoden con veintidós mil hannoverianos. La regencia del Electorado, falta de medios para empeñarse en una guerra con Francia envió diputados al general Mortier, á fin de evitar la efusión de sangre y negociar un arreglo, el cual se concertó entre los dos generales y por cuya virtud el ejército hannoveriano debía retirarse al otro lado de Elba, adquiriendo el compromiso de no pelear contra la República. El primer Cónsul ratificó esta convención; no así el rey de Inglaterra, fundándose en la neutralidad del Electorado. Entonces Bonaparte rompió el tratado, exigiendo que el ejército del Hannover depusiera las armas y se entregase como prisionero de guerra. Cuando el general Walmoden se enteró del bochorno y humillación que esperaba á sus tropas, su primer movimiento fué el de combatir antes que sufrirlos; mas convencido del aislamiento de su patria, se resignó á ellos, estipulando con Mortier el cinco de Julio la disolución de su ejército, cuyas armas, cañones y caballos pasaron á poder de los franceses. No se limitó Bonaparte á apoderarse de las provincias alemanas del rey de Inglaterra, sino que estableció guarniciones en Hamburgo, Ritzbuttel y Cuxhaven; confiscó todas las propiedades del Elector y de los ingleses; sacó tres millones de francos á las ciudades anseáticas con el carácter de empréstito forzoso, y obligó al pueblo invadido á mantener al ejército ocupante. En vista del proceder del primer Cónsul, Suecia temió por la Pomerania, Dinamarca por el Holstein y la misma Prusia sintió inquietud y alarma, empezando á vislumbrar las consecuencias de su falta de energía.

Más extraño aún que el Hannover era Nápoles á la nueva guerra. Aunque en otro tiempo hubiese sido aliado de Inglaterra, había ajustado paces con la República por su propia cuenta y sólo aspiraba á que le dejaran tranquilo; pero convenía á Bonaparte la posición de Tarento y someter el país á contribución, y por tanto, sin guardar respetos

ni consideraciones de ninguna clase, mandó al general Saint-Cyr que entrara en dicho reino, guarneciese á Pescara, Otranto, Brindis y Tarento, y exigiera que sus tropas fuesen «pagadas, alimentadas y equipadas por el rey de Nápoles.» Con este procedimiento expeditivo, tuvo un segundo ejército costeado por el extranjero. Bonaparte no vaciló en dar este golpe de mano, á pesar de saber el mal efecto que su conducta debía causar en San Petersburgo, donde, desde que Pablo I tomara á Nápoles bajo su protección, se había acostumbrado á la idea de ejercer en la baja Italia influencia preponderante.

Los pueblos vasallos ó aliados no escaparon mejor. El general Olivier, que mandaba las tropas en Etruria, el flamante reino *cedido* á la dinastía española, puso á Liorna en estado de sitio por orden del gobierno consular, y á Murat se le invitó para que dijese con cuánto podía coadyuvar aquel Estado «á la defensa común.» Se agravó la carga que ya pesaba sobre Génova, aumentando las fuerzas allí existentes y exigiéndole que aprontase mil doscientos hombres para el ejército de tierra, y á los pocos meses, en un tratado que naturalmente no pudo menos de aceptar, se le impuso la obligación de contribuir con cuatro mil marineros para la flota. Holanda, por otra convención celebrada en París en Junio de mil ochocientos tres, se comprometió á mantener á diez y ocho mil soldados franceses, aparte de los suyos propios, que subían á diez y seis mil, debiendo, además, entregar cinco navíos de guerra, otras tantas fragatas, cien chalupas cañoneras, doscientos barcos chatos y muchos más centenares de transportes. Suiza escaseaba en recursos materiales, habiéndola arruinado por largo tiempo las exacciones de que fuera víctima en la época del Directorio. Se le pidieron, pues, soldados, á falta de dinero, y contrajo el deber de auxiliar á Francia con diez y seis mil hombres, más una reserva de cuatro mil, para cubrir las bajas de esta fuerza, y otros ocho mil, en caso de ser atacado el territorio francés; en suma, veintiocho mil hombres, es decir, casi la vigésima parte de su población masculina. Quedaban aún por explotar, en una ú otra forma, España y el reino Lusitano, los cuales sufrieron también, gracias á la desatentada política seguida de tiempo atrás por nuestros gobernantes y á los desórdenes de la corte de Madrid, la odiosa imposición del soberbio déspota que, después de tiranizar á su patria pretendía esclavizar á Europa.

Teníamos nosotros fuertes motivos de indignación contra Bonaparte. Sus amenazas cuando el tratado de Badajoz; el abandono en que nos dejara en Amiens; su irrisoria cesión del reino de Etruria; el haber enagenado á los Estados-Unidos la Luisiana, que se había comprometido á no traspasar á potencia alguna, sino á la misma España, si llegaba el caso; su ingerencia en los asuntos interiores de nuestro país, constituían otros tantos agravios, de que protestó solemnemente en París el embajador Azara. Existía, sin embargo, el tratado de San Ildefonso, arrancado en mil setecientos noventa y seis á la debilidad